

EL MUNDO AL DIA

684

EL  
GRAN  
CRIMEN

LO QUE YO HE VISTO  
EN LA GUERRA  
POR ANGELA GRAUPERA



# EDICIONES DE LA REVISTA BLANCA

	<u>Rústica</u>	<u>Pasta</u>
RENACER, Federico Urales . . . . .	2'—	3'—
SEMBRANDO FLORES, Federico Urales. Económica . . . . .	1'25	
SEMBRANDO FLORES, Federico Urales. Ilustrada . . . . .	2'75	4'—
LOS HIJOS DEL AMOR, Federico Urales . . . . .	1'50	2'50
LAS MARTIRES, Federico Urales . . . . .	1'50	
LA VICTORIA, Federica Montseny . . . . .	2'—	3'—
EL HIJO DE CLARA, Federica Montseny . . . . .	2'—	3'—
LA INDOMABLE, Federica Montseny . . . . .	1'—	2'—
LA REACCION Y LA REVOLUCION, F. Pi y Margall . . . . .	4'—	5'—
EL AVENTURERO DE AMOR, Han Ryner . . . . .	2'50	3'50
NAUFRAGOS, A. del Valle . . . . .	2'—	3'—
LA MULATA SOLEDAD, A. del Valle . . . . .	1'25	2'25
CANTIGA DE MONTAÑA, Elías García . . . . .	1'—	
FLOR DESHOJADA, Federico Urales . . . . .	1'—	2'—
ALMANAQUE DE «LA NOVELA IDEAL», 1927 . . . . .	1'—	2'80
ALMANAQUE DE «LA NOVELA IDEAL», 1928 . . . . .	0'80	
«LA NOVELA IDEAL», Veinticuatro tomos. El tomo . . . . .		2'60
«LA REVISTA BLANCA», Nueve tomos. El tomo . . . . .		12'50
JESUS ES UN MITO, George Brandés . . . . .	1'75	2'75
EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL CERVANTES, Han Ryner . . . . .	2'—	3'—
LOS DEPORTADOS, Charles Malato . . . . .	3'—	4'—
ELISEO RECLUS. La vida de un sabio justo y rebelde, Max Nettlau. Dos tomos. El tomo . . . . .	3'—	4'—
MI VIDA, Federico Urales. Tres tomos. El tomo . . . . .	2'50	3'50
FUERZA Y MATERIA, Luis Bückner . . . . .	2'25	3'25
PROBLEMAS TRASCENDENTALES, por F. Tarrida del Mármol . . . . .	2'—	3'—
EL AUTODIDAC, A. Han Ryner . . . . .	1'75	2'75
LOS GRANDES DELINCUENTES, Federico Urales . . . . .	1'—	2'—
LAS GRANDES CORRIENTES DE LA LITRATURA EN EL SIGLO XIX, George Brandés. Tomo primero, 3 ptas.; tela, 4 ptas.; tomo segundo, 4 ptas.; tela, 5 ptas. . . . .		
LAS DIOSAS DE LA VIDA, Soledad Gustavo . . . . .	1'—	
JUAN SIN PAN, Adrián del Valle . . . . .	1'—	
PENSAMIENTOS REVOLUCIONARIOS, Nicolás Estévez . . . . .	1'—	
LA EVOLUCION DE LA FILOSOFIA EN ESPAÑA, Federico Urales. Dos tomos . . . . .	5'—	7'50



F-68H

# EL MUNDO AL DIA

7

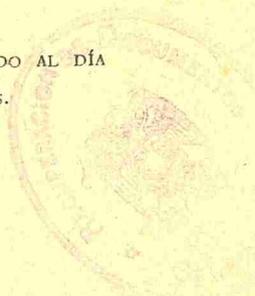


Angela Graupera

## EL GRAN CRIMEN: LO QUE YO HE VISTO EN LA GUERRA

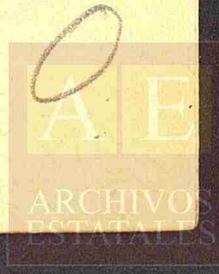


Precio de suscripción de EL MUNDO AL DIA  
Un semestre, 1'80 pesetas.



EDICIONES DE «LA REVISTA BLANCA»  
Administración : Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37  
Teléfono : 51780 - Barcelona

R. 58.139



## **LA NOVELA LIBRE**

Exquisitas narraciones novelescas, debidas a las mejores plumas de la literatura de izquierda. Una novela completa por 50 céntimos. Cada número una firma nueva y una pequeña joya del arte literario.

Sesenta y cuatro páginas, 50 céntimos. Suscripción por seis meses, 3 pesetas.

Dirección: Escornalbou, 37. Barcelona.

Ei núm. 8 de EL MUNDO AL DÍA se titulará:

## **REPORTAJES SOCIALES: LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN EN EL PERIODISMO CONTEMPORÁNEO**

por JACINTO TORYHO

## **LA REVISTA BLANCA**

Publicación semanal de arte, ciencia, literatura, sociología.

La más completa, la más documentada, la más interesante para toda persona culta. Estudios sobre cuantos problemas interesan al espíritu humano.

Treinta y dos grandes páginas, 25 céntimos.

Suscripción por tres meses, tres pesetas.

Dirección: Escornalbou, 37. Barcelona.

IMPRESOS COSTA. — Nueva de la Rambla, 45. — Barcelona

## MI PRIMER ENCUENTRO CON EL MONSTRUO

La sirena rasga la inmensidad con su voz penetrante, lenta, plañidera. Suena triste. Suena a separación para cuantos, como yo, se alejan de la patria.

La chimenea vomita negras y espesas columnas de humo, que se corren, danzan y galopan empujadas por la brisa marinera y se pierden entre vuelos de gaviotas y temblores de mástiles.

Voces imperiosas y de mando, silbidos, cuerdas y cadenas que gruñen y chirrían extrañamente, pañuelos que se agitan, manos que se crispan, ojos que lloran, y el «Suiter», impasible a los dramas que palpitan en sus profundas entrañas, se aleja majestuosamente mar adentro. El momento es intencionalmente cruel, doloroso.

Sola entre los pasajeros, silenciosa y hurafña, miro desaparecer mi hermosa, mi activa, mi pulcra Barcelona, entre brumosas distancias. Llamea el sol y el aire es fuego.

Estamos a 30 de agosto de 1914...

La cala del vapor está abarrotada de esos míseros rebaños humanos llamados emigrantes.

Observo algunas de las mujeres que me rodean.

De marcado aspecto extranjero, las hay de rubias como el lino, de carnes frescas y lechosas, de bocas grandes y rectas, de expresiones resignadas y dolientes.

Diríanse roídas por secreta angustia y un áspero sufrimiento que pone extravío en las azules pupilas y muecas nerviosas en los pálidos labios.

Sobre ellas plasma el misterio que adivino y presiento vagamente sin poder precisarlo, definirlo.

Permanecen horas y horas inmóviles, clavados los ojos

en el horizonte, esperando quizá ver surgir de su azulada línea el buque pavoroso de la fatalidad.

Pronto dejó de observar a mis compañeras, seducida por la magnífica serenidad que desciende con la noche, fundiendo cielo y mar en abrazo de cenicienta luz.

De las honduras del vapor suben vibraciones de cuerdas que manos nostálgicas arrancan de una guitarra y suenan cantos que en la quietud nocturna saben a lágrimas y a lamentos.

Los desheredados, los vagabundos de la vida, cuelgan siempre sus penas en los mástiles de sus guitarras, en la tristeza de sus coplas, en la melancolía de sus cantares.

La noche deja caer su espesa cortina de sombras. El mar todo calma, acuna, adormece, y en el cielo las estrellas sonríen a nuestra mortal inquietud de hoy, de mañana, de siempre...

A las siete y media de la mañana fondeamos en el puerto de Marsella, en espera de las autoridades francesas.

Instantes de expectación y ansiosa incertidumbre.

Entre los pasajeros se hace un silencio hostil y pesante, mientras febriles pupilas otean su llegada entre velas irisadas y las obscuras moles de los vapores, que las aguas reflejan inquietas y luminosas.

No tarda en surgir la embarcación de las autoridades. Militares austeros y graves como jueces y siniestros como verdugos.

Todas las miradas se clavan ansiosas en aquellos uniformes que representan la tiranía, el brutal derecho de la fuerza...

Ellos, muy engraidos de su importante misión, toman rápidamente posesión del vapor. Y los pasajeros dejamos de ser hombres libres.

La revisión de documentos y pasaportes se hace interminable a causa del exceso de pasaje.

De pronto, un remolino, una avalancha violenta y agresiva. Una ola que sube rugiente y avanza arrastrando a sus víctimas.

Alguien grita, protesta, suplica... No podemos acercarnos, curiosar, saber; prohibido salir del círculo marcado por los militares.

Resignado rebaño que no se atreve, que no puede preguntar, que no puede descender a los camarotes, que no puede siquiera ir a satisfacer las necesidades más rudimentarias del cuerpo.

Pálida, asustada, una cercana mujer, a quien miro interrogadora, me susurra discretamente que entre los emigrantes iban confundidos once alemanes: hijos y maridos de aquellas mujeres cuyo secreto martirio había adivinado.

Penetrada de piedad, henchida de no sé cuántas cosas nobles y rebeldes, miro pasar la doliente y humilde procesión de prisioneros.

Sus desoladas mujeres, clásicas estatuas del silencioso dolor, modernas Niobes, expresan el cruento sufrir sin convulsiones.

¿El abrazo que se han dado, en un palpitar de fibras, de lágrimas, de carne, de amor, será el definitivo, el eterno? ¡Desdichados y desdichadas!

¡Quizá nunca más vuelvan los pechos a latir juntos, muertos para sus existencias, antes que los inmovilicen los fusiles enemigos!

Ha desaparecido el misterio. No ignoran la suerte reservada a sus hombres.

Si tan solamente enemigos, la reclusión, el encierro, el castillo, el campo de concentración, mientras duren las hostilidades. Si espías a sueldo, el pelotón ejecutor.

Caída sobre un banco, anciana mujer, doblada como un sarmiento, solloza ahora convulsivamente, lanza gemidos y sonos guturales, que terminan con imploraciones a los hombres, al cielo, a Dios.

¿Cómo Dios puede escuchar tus ruegos, infeliz mujer, si antes de lanzarse a la pelea todos le han pedido sangre, matanzas y destrucción? Sí, todos le han pedido derrotar al enemigo, y ¿cuáles pueden ser para Dios esos enemigos?, razono yo entristecida.

Con los puños la anciana enjuga sus ojos y los clava tenaces y locos en la pequeña embarcación donde militares y prisioneros forman compacto e inmóvil grupo que se distancia y se pierde.

El abismo, el caos, la losa del silencio entre el pasado y el futuro para un puñado de seres, días antes aun dichosos.

Aturdida, abrumada por las recientes y fuertes emociones miro también alejarse aquella mancha, difuso jirón de odio bajo la serena y radiante belleza del cielo azul.

He visto horrorizada como el cruel Moloch englutía las primeras víctimas de la Gran Guerra.

## II

### MÚSICAS, BANDERAS Y ENTIERROS. EN LA MANSIÓN DEL DOLOR

Atrás quedan las pomposas higueras, la masa gris de los olivares, los verdeantes viñedos, las extensas plantaciones de tabaco, y el paisaje sombrío y agreste se arrebujá en velos brumosos, se pierde en yermas lejanías.

El tren ondula a lo largo del Vardar, que corre terso como lámina de acero, entre peñascos y montañas, cuyas elevadas cresterías se confunden con el cielo.

Aquí, allá y más lejos minas, muros calcinados, árboles que sacuden y retuercen sus miembros mutilados. Tumbas, cruces de rústica madera abrazadas a rojas y blancas flores, restos tristes de la pasada guerra.

Envueltos en las tinieblas de la noche cambiamos de tren. Viajamos a obscuras, a obscuras descendemos y a obscuras nos instalamos como podemos, no como queremos, apretujados, rendidos, soñolientos.

No sé dónde ni en qué tierras me encuentro. A nadie pregunto, en la seguridad de no ser comprendida.

En las tinieblas, el eslavo suena cadencioso, musical.

Asuma el disco de la luna. Su tímida luz se filtra por las abiertas ventanillas, riela sobre los cuerpos dormidos.

Cuando la aurora emerge tímidamente, barriendo las sombras nocturnas, me distraigo estudiando los paisajes ofrecidos por la magia del día.

Rápidas visiones de fecunda vegetación desaparecidas así entrevistas. Pueblos que cuelgan como enormes nidos de águilas entre penachos de rocas y floridos matorrales.

Bosques oscuros que huyen como sombras, montañas erizadas de misterio.



Llega el movimiento militar, los registros, la revisión de papeles y pasaportes.

Los oficiales que examinan mis documentos no intentan ocultar su extrañeza. Unos instantes sus miradas hoscas, duras y recelosas me escrutan y penetran.

Inmutable y serena sufro el severo examen, que termina con amables sonrisas, curiosas preguntas y lamentaciones por la dureza con que realizo el viaje.

Horas después llego a Nich rendida, quebrantada, sudorosa, sucia.

Es día y hora de mercado. La gran plaza que debo atravesar corriendo tras del hombre que lleva mi equipaje está completamente ocupada por toscas carretas uncidas de opulentos bueyes y enormes búfalos. Y yo, que les tengo desde la infancia un miedo terrible, debo abrirme paso a través de sus pesados cuerpos, debo rozar sus enhiestos cuernos y soportar sus húmedas miradas.

Semejamos mendigos a quienes no se abren puertas hospitalarias.

Los hoteles zumban como colmenas y las casas particulares y de pensión no tienen lechos ni divanes que ofrecer.

Nich alberga en estos momentos a todos los fugitivos de Belgrado, y dándome cuenta de que seguramente me veré obligada a dormir bajo las estrellas, sufro temblores de cobardía. Al fin, rendidas las fuerzas, en el hotel «Ruski Zar», uno de los mejores de la ciudad, me prometen, con la natural alegría, que entrada la noche podrán ofrecerme habitación. En efecto, han sonado diez horas cuando puedo disponer de un pequeño dormitorio. Tan pequeño, que se compone de un diván y de una silla.

Seguramente han olvidado el agua y la toalla con que a la mañana siguiente entregarme a los someros procedimientos de limpieza.

Y me doy, no obstante, por dichosa, pues todo es preferible a pasar la noche vagando como medroso fantasma por las solitarias calles de la ciudad.

Puedo descansar, tenderme sobre muelles blanduras.

Todo huele a tabuco. No soy la primera en profanar la blancura dudosa de las sábanas, que ostentan manchas sospechosas y me regalan con ese tufo especial, acre y repug-

nante, propio de ropas mal lavadas y cuerpos sucios y sudorosos.

Intento cerrar la puerta con llave, dormir en la seguridad del cerrojo. Imposible, no hay llave.

Apagada la luz, miro a través de la ventana que se abre sobre una galería pasar siluetas de soldados.

Doy vueltas y vueltas en el diván, que gruñe al tormento. No puedo dormir, conciliar el sueño. ¡Tengo miedo!

Las calles están engalanadas. En puertas y en ventanas ondean profusión de banderas nacionales. Cuando salgo del Ministerio de la Guerra debo detenerme, dejando paso a la muchedumbre que delirante de alegría sigue a la música militar.

Estallan hurras, vivas, aplausos. El pueblo abraza a los soldados y las mujeres les ofrecen flores, que ellos, risueños, se apresuran a colgar de sus cinturones.

Celebran las primeras victorias.

Y a continuación me explican con los más espeluznantes detalles el cruento calvario de pacíficos pueblos, de verdeantes campos, incendiadas las casas, pasados a cuchillo niños, enfermos y ancianos.

Las jóvenes mujeres, pasto de la lujuria soldadesca.

«¿Dónde están los victoriosos?», me pregunto, empezando a penetrar en las negras entrañas de la guerra.

Y paréceme que los instrumentos de viento lanzando sus notas estridentes y chillonas intentan engañar a las masas, apagando el estertor de los que agonizan, los gritos desesperados de los torturados, el clamor de los prisioneros.

Horas después, desde las ventanas del comedor miro pasar los entierros de seis oficiales heridos en el frente y muertos en el hospital. Entierros sencillos, modestos...

El pueblo ya no aplaude, ni ríe, ni ofrece flores a los muertos. El pueblo llora...

Terminadas las formalidades, puedo empezar mis humanitarias funciones.

Me han destinado a un hospital situado no lejos del parque ciudadano y separado de Nich por un río poco caudaloso.



ARCHIVOS  
ESTATALES

Toda penetrada de unción me interno en el inmenso templo del dolor.

¡Qué frías y abandonadas se me antojan las espaciosas salas con sus pequeñas camas de hierro que se pierden en el confuso color de sus altas paredes!

Hospitaliza pocos heridos y muchos enfermos.

En plena organización sanitaria, se carece de perfecto y depurado servicio higiénico, de instrumentos de cirugía...

El hospital, semanas antes cuartel, conserva ese pesante y fétido vaho de los estercoleros, cuadras, corrales y caballerizas.

He pasado el día cortando gasas y preparando algodones y vendas. Nada hay dispuesto para alojar el personal, y debo, caída la noche, volver a la ciudad y al hotel, donde me informan que no tienen habitación para ofrecerme, pues yo la había denunciado por la mañana antes de partir.

Estoy consternada. ¿Qué hacer...? La noche avanza... Cuando mayor era mi desespero, el azar se me ofrece propicio bajo la forma de un hebreo, hombre culto, abogado de Belgrado y refugiado como tantos otros en Nich.

Enterado de mis apuros, me ofrece un dormitorio en la casa donde se hospeda.

— Si no lo hay, cederé a usted el mío, y yo me iré a dormir en el desván — me ofrece, amable y generoso.

Sus ojos me inspiran confianza y sus venerables canas respeto.

Carga con mis zarandeadas maletas y nos lanzamos calles arriba en busca del nido que ha de cobijarme unos días.

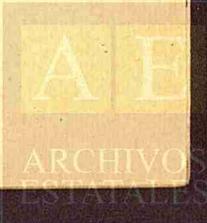
No lamento el cambio. Mi habitación es grande, limpia, soleada. Cae sobre diminuto y florido jardín.

Puedo entregarme a tranquilo sueño y, por la mañana, a meticulosa y necesaria limpieza.

Confío a mi nuevo amigo y protector que, a más de la carta entregada por el cónsul de Servia en Barcelona y dejada en manos del ministro de la Guerra, conservo otra recomendándome eficazmente a la presidenta de la Cruz Roja.

El buen hombre, después de leer su contenido, exclama, sonriendo satisfecho:

— Dentro unos días estará usted en el mejor hospital de Nich.



Mientras espero el resultado de la carta, continúo preparando gasas y vendas.

Precisamente hoy he debido abandonar la monótona pero necesaria labor llamada por el médico militar como auxiliar en la sala de curas y de operaciones.

Siento vacilar mi valor. Con mano torpe y trémula empujo la puerta y resto de pie, inmóvil, sin coraje para avanzar.

En la inmensa sala blanqueada y toda bañada de sol se me ofrecen hombres semidesnudos, unos sentados, otros de pie o tendidos en las duras mesas de operaciones.

La luz dorada acaricia las carnes atormentadas. En contraste con su vivificante alegría, las heridas se destacan sobre tersuras y restos de opulenta juventud, horripilantes, negras, violetas, tumefactas. De un pecho la metralla ha hecho enorme boca de labios hinchados, colgantes y viscosos, que lanzan a la radiante luz su carcajada a la humana bondad. Gritan, con la fuerza de su acerbo martirio: «¡He aquí el amor de los hombres, las garras de su crueldad!»

De mis párpados hago espeso velo, huyendo de la espantosa visión.

La voz del doctor en jefe me alienta, me anima, y avanzo recto, con pasos de sonámbula.

Y todo el día me esfuerzo en huir el cuadro, el infierno, el desfile de los pacientes mártires.

Mis ojos escrutadores y nada dulces ni benignos siguen y analizan la labor de los doctores y practicantes de rostros inexpresivos, cerrados como enigmas, sin suavidades ni afectuosas frases para los que caen entre sus inhábiles manos. Manos sucias, groseras, de uñas largas orladas de negro.

Salvo el director, médico militar, el resto del personal, todo extranjero, huele a sospechoso y a profano en la ciencia de curar. Tienen aspecto de verdugos y de carniceros.

Los hay que seguramente desconocían por completo el bisturí que hoy manejan con aterradora rapidez. Cumplen su labor con la misma indiferencia que los carniceros cortan la carne destinada a la venta, con la triste diferencia que esos cirujanos la cortan para mandar vidas al cementerio.

Si no han aceptado su misión como sacerdocio que cumplir con la devoción de las nobles vocaciones, ¿qué tene-

brosas cosas esperan de su obra en el hospital? Si les guía el lucro y el vil interés, ¿por qué no mostrarse buenos con unos inocentes sacrificados que les proporcionan este lucro y este interés?

Me pierdo en divagaciones. El alma humana es un abismo: ¿quién puede medir la cantidad de maldad guardada en su fondo?

A la salida me tropiezo con el amable y anciano hebreo, quien me comunica el esperado traslado al primer hospital de Nich.

Reconocida, le expreso mi gratitud. Adivina la emoción que tiembla en mis labios, e inclinándose sobre mis manos las besa murmurando:

— Soy yo el agradecido. ¡Prestará usted tantos y tan dulces consuelos a nuestros bravos soldados!...

### III

#### NOSTALGIAS Y COMBATES SENTIMENTALES CON LA ESCUETA REALIDAD

La dama presidenta de la Cruz Roja y directora del hospital, me recibe con reconfortante amabilidad.

Subimos a la habitación que me tiene destinada, la cual debo compartir con otra enfermera ya entrada en edad.

Empuja dulcemente la puerta. Sumida en densas humaredas que suben retorcidas de invisible pebetero, descubro entre los inquietos vapores a una forma blanca que avanza dándome la bienvenida.

Todo huele a incienso. Miro, escrufo, vivamente interesada.

A mi estudio espiritual se me ofrecen nuevas existencias, extrañas costumbres, desconocidas creencias y ancestrales supersticiones.

En un ángulo mi cama de hierro, en un todo igual a la de los soldados. En el ángulo contrario, la de mi compañera.

Enfrente y sobre amplia mesa, arde pequeña lámpara delante viejo icono.

— La habitación es muy grande y espero se llevarán ustedeis perfectamente — habla y desea la directora.

Luego me presenta al director y médico militar.

Hombre de baja estatura, de grises cabellos y excesivamente bondadoso. Una bondad nunca desmentida durante mis largos meses de hospital.

El edificio es inmenso. Antes de la declaración de guerra era cuartel de artillería.

El cuerpo principal, destinado a la oficialidad y a dormitorios, posee salas vastísimas de altas techumbres, de anchos y dobles ventanales por donde se atropella y entra a raudales la luz. Enfrente se levantan multitud de pabellones y las caballerizas. El todo descansa en dilatada planicie que se pierde en el infinito.

Delante y prestando sombra al edificio principal, la nota alegre y rumorosa de viejos nogales. Detrás, la corona verdeante de místico jardín, con macizos de abetos, sobre el cual se abren las ventanas de mi habitación.

De momento me destinan a los dormitorios.

¡Cielos, cuánta carne agujereada y triturada! ¡Cuántas frentes vendadas y cuerpos mutilados!

Sin cesar me estremezco con el patético desfile de una realidad pavorosa como jamás pudo concebir la más calenturienta, extraviada y enfermiza de las imaginaciones. Mi sensibilidad vibra intensa y dolorosamente.

Situado el hospital en las afueras de Nich y cerca de una estación, recibe los heridos directamente del frente y únicamente los que ofrecen gravedad y necesitan de operaciones.

No tardo en ser perseguida por la obsesión. La obsesión de los fuertes y repugnantes hedores exhalados de los cuerpos enfermos, de sangre, de pus, de medicinas, de tabaco, de yodoformo.

Pierdo el apetito, con crisis de negra tristeza, náuseas, vómitos...

Había aceptado como fácil la labor y me resulta ardua, lancinante, acosada hasta en sueños por las diarias agonías, los ojos vidriosos, los guiños macabros, los rostros cadavéricos y el constante chocar de las muletas en el resonante

pavimento. No puedo dormir... Me levanto y apoyo la abrazada frente en los fríos vidrios de la ventana.

Crepita un tren. Y entre su jadar escucho cantos que se corren, pasan fugaces, se pierden arrastrados por el enorme monstruo que se precipita entre los abetos con sus ojos sangrientos, con su vientre furioso, echando chispas y fuego.

Reclutas que marchan entonando delirantes himnos a la terrible aventura, esta aventura que ofrece tan sólo dos episodios: matar o morir. Esas voces juveniles, esas voces que cantan a la vida corriendo a la muerte, esas luces rojas penetrando las tinieblas, ¡cómo las retengo entre las sensaciones más cruelmente frías!

Me acuesto. Los ratones, muy abundantes, empiezan su labor roedora.

Y mi compañera, en extremo supersticiosa y devota, augura:

— La desgracia caerá sobre el hospital.

— Ha caído con la guerra sobre toda la nación — contesto, siguiendo el hilo de mis sombríos pensamientos.

Con los días cobro salud y fuerzas.

La costumbre es una ley, y mi naturaleza se ha inclinado a esta ley, que yo llamo voluntad.

La voluntad, pues, y muy obstinada, ha vencido al mal-estar y a la repugnancia inspirada por materias en descomposición, el vaho de heridas purulentas, de sangre coagulada, de carnes febriles y enfermas.

Ya circulo libremente y sin mareos, procurando hacerme útil y agradable a los heridos, que empiezan a sonreirme y a solicitar esas menudas cosas que forman el bienestar de los dolientes: una venda que se cae y debe sujetarse, el arreglo de las almohadas, un vaso de agua, una taza de aromático te...

No estoy muchos días en los dormitorios. Llamada por la dama directora, ésta me incorpora a las ambulancias y puedo estudiar y frecuentar el personal médico, muy numeroso.

Si en los dormitorios sufrí lo increíble, aquí en esta inmensa sala blanca de cal, entre instrumentos de cirugía que brillan siniestros a la pálida luz del día gris, me siento infinitamente más debilitada y cobarde, sin valor para mirar

frente a frente este presente, que tiene para mi sensibilidad toda la angustia de atroz pesadilla. Mis ojos vierten continuas lágrimas.

Un joven doctor servio que observa la torpeza y el temblor de mis manos miedosas de lastimar al primer herido a quien prodigo mi humilde saber, me aconseja:

— Debe usted razonar. Debe hacerse fuerte si quiere continuar su humanitaria labor. La guerra es feroz. Nosotros ya estamos acostumbrados a su crueldad.

«Pero ¿es posible que esos infelices soldados resistan a sus mutilaciones?», frecuentemente me pregunto.

No todos resisten. Diariamente caen como viejos y podridos árboles.

La mayoría sucumben después de las operaciones.

Los soldados representan y forman para muchas conciencias atrofiadas y asesinas la plebe, la masa, lo anónimo, lo que no tiene valor porque sale de las entrañas del pueblo. Y se dejan como sentimientos inútiles la bondad, la dulzura, para adoptar la rudeza y la brutalidad.

Aparte algunos, dignos de toda estima y de toda loanza, los restantes son cínicos, criminales, antes que médicos y cirujanos.

Grasientas, sucias, de uñas largas, adornadas de amplias orlas negras, las manos, como aquellas del otro hospital, son más propias a infectar que a curar.

Existen, de verdad, seres humanos que caen sobre los hospitales de sangre con la misma hambrienta ferocidad con que los lobos se arrojan sobre los cadáveres abandonados en la nieve de las estepas.

Observo, escucho, comparo, analizo... ¡Y qué poco liasonjeros los resultados obtenidos a través los alambiques de la más depurada imparcialidad! Diría se complacen en precipitar el supremo acontecimiento. Así descuidan las curas y a los enfermos. Además, en vez de operar por las mañanas, empiezan a cortar miembros a las seis de la tarde.

Al día siguiente, la luz cenicienta del amanecer invernal riela sobre las camas de los desaparecidos, dejadas bajo los desnudos nogales para que les dé el aire y hundir luego en ellas a nuevos condenados.

Descubro, a medida que adelanta mi odisea, otros arcanos, cuyas negruras no puedo penetrar.

Tenía confianza en la Humanidad.

Había hecho del ideal de Cristo mi ideal, y frente a las crudas realidades las frases sublimes «amaos los unos a los otros» se pierden en el vacío del desierto.

Bajo el techo del hospital se mezclan todos los orígenes y todas las razas. Vivo en una pequeña ciudad cosmopolita, en la confusión de una Babel.

Rusos, asiáticos, suizos, alemanes, franceses.

Llegada la noche, las enfermeras rusas se entregan al espiritismo.

De la habitación de los estudiantes salen las notas melancólicas de un violín.

¡Bendito arte, que extiende sus divinos y puros cendales sobre las escenas de bestialidad humana!

Atraviesan las tinieblas los candentes ojos de un tren que avanza entre el jadear de su máquina y cantos patrios de juventud.

Me inunda la piedad. Piedad hacia esas sombras rápidas que pasan y se pierden camino del horrendo holocausto.

#### IV

##### VISIONES DANTESCAS Y DE HORROR LANCINANTE PROCESIÓN DE SUPLICIAIDOS Y DE MADRES

El director nos ruega apresuremos la comida. Están anunciados varios trenes de heridos.

Bajo la lluvia glacial que nos penetra hasta los huesos, nos encaminamos a la estación y asisto por primera vez al drama representado por el desembarco de unos infelices que conservan y guardan todo el horror de las trincheras.

Rotos los uniformes, sucios, enlodados, negras las manos y los rostros, barbas hirsutas, cabellos enmarañados, bocas contraídas, ojos de loco guardando en sus retinas visiones espeluznantes de muerte y destrucción.

Han dejado de ser hombres. Tampoco son soldados. Son... piltrafas, jirones; así están de rotos, de triturados...

Horas después llega otro tren, en su mayoría lleno de soldados ciegos. La ametralladora ha dejado negruzcos agujeros donde irradiaba el alma y la alegría del vivir.

No tardan los sublimes mártires en desfilar por las ambulancias, las manos trémulas extendidas con ese palpeo medroso, humilde y suave de los ciegos.

Visten largas y limpias camisas que les dan el aspecto de sombras y de fantasmas dolientes perdidos en los caminos de la eternidad.

Colocan a uno de ellos donde tengo la costumbre de curar.

Me acerco, animada de la mejor voluntad. Me inclino como delante de una santa imagen y resto indecisa, conster-nada, sin valor, sin fuerzas.

Sufro un vértigo de rebeldía contra los instigadores de las matanzas, de las mutilaciones, de los crímenes.

Nubla el llanto mis ojos, incapaz de soportar, cuanto menos curar a ese horripilante amasijo de huesos, nervios, sangre, materias blandas y húmedas, todo cuanto resta de lo que fueron jóvenes, sanos y bellos ojos.

Las órbitas ensanchadas y rotas semejan de alucinante esqueleto.

El desdichado soldado no habla, no se lamenta. Espera en actitud de suplicado.

Espera, quizá agarrado a un resto de esperanza, a que una voz celestial le anuncie que su desgracia es pasajera y volverá su existencia a bañarse en glorias de luz.

El doctor se acerca y adivina mi natural indecisión.

— Se lo cedo, doctor. Mi ignorancia podría ser fatal a ese infeliz.

Han enloquecido dos soldados llegados en el convoy de anteayer.

Uno de ellos ciego.

Un mudo ha recobrado el habla, llenando el dormitorio de sus estrepitosas manifestaciones de alegría.

.....

Nos han cambiado de dormitorio.

Ahora las ventanas se abren sobre la dilatada planicie, sobre los nogales, frente a los pabellones.

Las luces rojas, los cantos de guerra y el jadear del tren ya no atormentarán mis noches.

Ahora me sacuden de tristeza los cantos nostálgicos y religiosos de los prisioneros alojados en lo que fueron caballerizas.

La enfermera, y a la vez lectora de la sala número dos, entra en la ambulancia en el preciso instante que damos por terminada la jornada.

La noche ha descendido sobre el hospital, y al bullicio de ir y venir ha sucedido la calma y el silencio.

— ¿Han terminado? — me pregunta, tildando emoción.

— Sí, hemos terminado — contesto, mirándola con interrogadora ansiedad.

— Entonces, venga usted, si le interesa ver la muerte de un soldado asistido por su madre.

— Permita que me lave las manos, y estoy con usted — acepto, porque pocas son las madres que ven morir a sus hijos.

Generalmente, cuando llegan al hospital, abrazan sus fríos cadáveres, desarrollándose escenas desgarradoras y de trágicos desesperos.

Salió apresurada, y cumplidas las formalidades exigidas por la severa y bienhechora higiene, me lanzo hacia la indicada sala.

La luz mortecina irradiada por la suspendida lámpara de petróleo sumerge el vastísimo dormitorio en lívidas penumbras, entre las cuales se mueven sombras blancas que comen con ruido de mandíbulas y de cucharas.

En el fondo, la llama oscilante y amarillenta de un cirio, sujeto a los hierros de una cama, me guía hasta el agonizante.

Doblada sobre el cuerpo una mujer de indecisa edad, rodeada la cabeza del blanco pañuelo que caracteriza a las montañesas y a las campesinas, recoge, máter dolorosa, el último suspiro del moribundo.

Lentamente el estertor se debilita, se apaga, hasta terminar en el gran silencio. Y sobre la demacrada faz se extiende la eterna serenidad.

Estremecida, saturada de no sé cuántas cosas amargas y ásperas, tristes y acusadoras, espero el estallar, la explosión de aquel dolor hasta entonces heroicamente contenido.

Espero la rebeldía, el anatema, la maldición. La frenética locura del dolor.

Espero gritos, sollozos, hipos, y sólo tengo frente a mi piadosa curiosidad a una madre de pequeña estatura, menuda, delgada, de manos rudas y gastadas por el laboreo, que acarician con suavidades de flor, de labios marchitos que se posan devotos sobre los ojos que no la miran, sobre la boca sin besos, sobre las carnes que no palpitan.

Y mientras unge el cuerpo mártir con el divino óleo de sus caricias, el dolor exasperado se exhala en melancólicos poemas, en fervorosas rimas, glosando y ensalzando las virtudes: la belleza, la rectitud, la bondad del hijo para siempre perdido.

Sus ojos, extrañamente ardientes, no tienen lágrimas.

Súbitamente endereza el doblado cuerpo, mira en derredor suyo con demente expresión y, extendiendo el brazo en gesto patético, su voz ronca grita el cruento calvario de su vida:

— Cuatro hijos tenía. ¡Éste es el último que doy a la patria!

¡Pobre madre! Cuatro hijos tenía. Dos habían muerto en la guerra turco-búlgara.

El tercero cayó, para no levantarse, en los primeros combates con los austríacos, descuartizado por la metralla.

Uno le quedaba, el menor, más querido a su corazón y más necesario a su existencia, porque envejecía. Y, en lucha cuerpo a cuerpo, una bayoneta enemiga habíale atravesado el pulmón.

La infeliz madre se ha encerrado ahora en hosco silencio y, de pie, semeja una estatua velando a la Muerte.

La bondadosa enfermera enjuga sus ojos, y yo salgo, acongojada y perseguida por la ronca voz materna, en busca del refugio de mi dormitorio donde meditar y, sin testigos, llorar.

Empujo la puerta. En el centro, una mujer, de pie, también campesina y de indecisa edad, me espera.

Su pesante vestido de montañesa ofrece la nota de su opulenta riqueza en el cincelado y macizo cinturón que brilla oro y plata a la débil luz del velón.

En gesto desolado e implorante extiende sus manos.

— ¡Salve a mi hijo y se lo recompensaré! — exclama sollozando.

Rechazo su ofrecimiento y, rodeando con mi brazo sus espaldas, le prodigo frases de consuelo, prometiendo cuidar a su hijo como si fuese el mío propio.

La acompaño hasta el lecho de su querido enfermo, a quien conozco y saludo amistosamente.

Es un mozo muy gallardo, alto, rubio, de formas estatuarias, al cual todos los días practico las curas de unas terribles heridas que implacables roen su brazo y su espalda.

Me ha cobrado tanta y tierna confianza que rehusa a que otras manos curen y venden sus heridas.

— Manos suaves y ligeras — alaba frecuentemente, sonriendo agradecido.

En el vestíbulo, la madre vela el ataúd donde descansa su último hijo.

De pie, rígida, impenetrable, cruzadas las manos, deja caer las horas, los ojos tenazmente fijos en aquellos rústicos maderos que aprisionan a su propia carne.

Afuera y por la ancha puerta miro pasar la humillante procesión de prisioneros.

Desfilan angarillas. Bajo las pulcras sábanas se dibujan helados esqueletos.

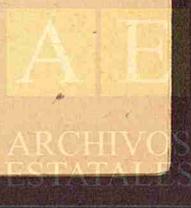
El mozo rubio y gallardo está atacado del tifus.

Le he cambiado los vendajes y hecho las curas, tendido en su propia cama. Nunca se lamenta ni se crispan sus nervios con las muchas precauciones a emplear, pues sus heridas son extremadamente dolorosas y difíciles de curar.

Los ojos tristes de la madre me miran anhelantes, interrogadores.

Compasiva, me abstengo de abrir la tenebrosa arca de mis presentimientos y sonrío alentando a la dolorosa. Cuando salgo de las ambulancias y paso al comedor, situado en otro pabellón, debo ceder el paso a varias carretas repletas de ataúdes, todos de madera blanca.

Esta mañana me encuentro con su cama vacía. He preguntado.



Lo han trasladado a la sala de infecciosos, donde se me prohíbe entrar.

Ha muerto el gallardo mozo rubio, belleza clásica de estas tierras eslavas. Ha muerto y me estremezco evocando las entrañas destrozadas de otra madre.

Cargada la mortaja, la carreta, tirada por búeyes, se pone en marcha camino del cementerio aldeano, deseo manifestado por la madre y complacido por el director del hospital.

El paisaje tiene blancuras de nieve, cristales de hielo, silencios austeros y pesantes de estepas siberianas.

Estrecho muy triste y muy fuerte aquellas místicas y santas manos, y desde la amplia puerta del pabellón sigo la lenta caminata del fúnebre convoy.

Nadie acompaña a la pobre madre. Encorvada bajo el lancinante peso de la cruz de los recuerdos, anda sola, resbalando en durezas de nieve...

¡Sola anda tras los despojos queridos aquella madre que había dado sus cuatro hijos a la patria!

El hospital es todo un lamento, un clamor ronco, trágico, desgarrador.

Se suceden las escenas patéticas de una intensidad que conmueve hasta los pechos más duros e insensibles. Escenas ofrecidas por las pobres madres, enloquecidas de dolor, preguntando unas por sus hijos heridos, otras abrazando a fríos y mutilados cadáveres.

Alucinante procesión que guardaré eternamente en la retina de la memoria...

## V

### HERIDOS. PRISIONEROS. HAMBRE. NIEVE. FRÍO

Muchos soldados llegan del frente tan agujereados, maltrechos y rotos que no comprendo con qué milagro de resistencia pueden vivir, alentar esperanzas, anhelos de curar.

Las heridas más horripilantes y que indignan y sublevan

más son las causadas por las balas «dun-dun». Abren agujeros y brechas enormes. Huesos, carne y nervios triturados y en papillas forman tumefactos y violáceos bordes imposibles de curar.

Precisa de urgencia amputar, cortar; después... cautelosa y traidora llega la muerte acompañada de atroces e inenarrables sufrimientos. Diría yo que contienen materias venenosas que transmiten intoxicando la sangre.

Tengo a las ametralladoras por las armas más rápidas, seguras y crueles. Tienen la refinada crueldad del sadismo.

Prolongan el dolor. Dejan guiñapos, piltrafas, espantosos monstruos de lo que fueron hombres.

A veces nos llegan sin pene, mutiladas y segadas las espigas de humana vida.

Llegan también con ojos reventados, colgantes y vacíos. Bocas que se abren en los hinchados rostros como fauces desgarradas, a tirajos las lenguas, sin dientes, saltadas o torcidas las mandíbulas.

Los últimos que nos han llegado con heridas en la boca han muerto. Ni siquiera uno ha resistido a la tortura.

Diariamente curamos a un hombre, ya en sus cuarenta años, a quien un trozo de obús se le llevó parte del esternón. De la horrible oquedad se puede estudiar todo el sistema respiratorio. Vive artificialmente por medio de cánulas.

El infierno descrito por Dante es glorioso paraíso comparándolo con este alucinante antro de pobres condenados a todos y los más atroces suplicios, incluso el hambre y la sed.

Viven muriendo, retorcidos, convulsionados, agarrotados por las tenazas del hambre y de la sed, vaciándose a la disenteria hasta que la muerte benigna y misericordiosa roza con sus helados dedos las mártires frentes, aboliendo, con el pensamiento, el sufrir.

Los soldados agonizantes y los que llegan del frente sin esperanzas de curación encuentran alojamiento en amplia habitación que se abre en el inmenso vestíbulo y frente a las ambulancias.

Es la sala de la muerte. Salen de las duras camas para la blanda tierra del cementerio.



Frecuentemente debo practicar las curas a esos desdichados condenados sin esperanzas del supremo indulto.

En estos días hay un herido que no puedo mirar sin cobardías de miedo y de terror.

Esquelético y terroso, semeja una momia salida de milenaria tumba. Los ojos enormes y que devoran con intenso fuego toda la cara, se clavan siempre en los míos con fijeza aterradora.

¿Qué fuerza prodigiosa le sujeta a la vida? ¿Qué milagro mantiene latente el corazón y clara la inteligencia?

¡Ah, qué censuras más acerbas, qué patéticas acusaciones escapan de la conciencia y suben y se exteriorizan en las llamas que centellean las desorbitadas pupilas!

Tiene el desventurado una pierna y un brazo cortados. El otro brazo, el derecho, se le pudre, se le caen los huesos entre burbujas de sangre negra y espumas de maloliente pus.

Caída la noche, de los pabellones me llega el canto nostálgico de los prisioneros, y a través del muro de mi dormitorio el estertor de un agonizante.

La evacuación de los hospitales de Belgrado llena los nuestros, que no pueden ya contener y alojar a tanto herido.

En corredores, pasillos, vestíbulos, escaleras, quicios de puertas, en el espacio que dejan las camas, se hacinan los soldados. Cuerpos flagelados, mutilados, cabezas rotas que no sanarán, que no saldrán de su embrutecimiento como no sea para entrar en la locura o en el templo del eterno silencio.

Mueren en el inclemente y frío suelo, apoyados en los recios muros, entre inmundicias nauseabundas de sus propios excrementos, roídos por los piojos, envueltos en sus enlodados y agujereados capotes.

Imposible transitar, moverse, andar sin miedo de lastimar o aplastar a tanto herido como yace en el suelo. Trabajamos desde que asoma la aurora hasta muy entrada la noche, sin poder no obstante, a pesar de la desplegada actividad, prestar los requeridos cuidados a cuantos los necesitan. Acudimos a los casos más urgentes y peligrosos.

Descendiendo la escalera, terminada la comida, viene de poco que no caiga abrazada a un cadáver que, tendido en el rellano, espera ser conducido al depósito.

Sus vendajes desaparecen entre manchas de sangre que

se corren por el cuerpo semidesnudo. Aun tibio el cuerpo, parece arrimarse a la luz que penetra por las grandes ventanas, y en sus ojos muy abiertos hay todo el pavoroso enigma de la muerte.

La guerra también cincela monstruos: yo los he visto.

Caídos los vendajes, gasas, algodones y puntos de sutura, surgen rostros que no he podido mirar y que ni siquiera las madres más amorosas podrían besar sin estremecerse de lástima y de horror.

Máscaras acusadoras que luego, pasada la tormenta, se levantarán sobre las muchedumbres como trágicos estandartes de la perversidad humana.

Mientras, siguen llegando heridos. El hospital rebosa carne castigada y pútrida; huele, desde las cocinas al más luminoso y espacioso de los dormitorios, a ese olor acre de que están impregnados los cementerios.

Días tristes y memorables. Los austríacos se han hecho dueños de Belgrado. Se habla de probables evacuaciones en prevención de otros avances enemigos.

En los ojos de los serbios se apaga la llama alentadora del optimismo, y en las pupilas de los prisioneros se alumbra el verde faro de la esperanza. Los serbios temen el avance austríaco; los prisioneros lo desean, lo invocan fervorosos, vehementes.

La libertad de unos sonará para otros a humillante esclavitud. Todos imploran a Dios. Los serbios para que no progresen, para que no lleguen; los austríacos para que se apresuren y caigan en insana avalancha sobre esas tierras, tomando de ellas posesión brutal y absoluta.

Y el Dios de los cristianos escucha las imploraciones de los combatientes.

Destruye y aniquila hoy a los que ayer gallardeaban y vencían. Y así, sucesivamente, ninguno es vencedor, y todos tienen pueblos en ruinas, heridos que curar y muertos que enterrar.

Así, todos se bañan en la sangre de sus propios hijos.

A la interminable procesión de heridos, sucede interminable procesión de prisioneros.

Caravanas que desfilan silenciosas, sin equipajes, sin armas, rotos, muchos descalzos, otros con un solo zapato.

En el nevado paisaje semejan hormigueros grises moviéndose y ondulando hasta el infinito.

Noche y día llena la inmensidad esa monótona y apagada salmodia de pasos sobre nieve cristalizada.

Lo peor es que no disponemos de sitio donde alojarlos. Desbordan prisioneros todos los pabellones y todas la cuadras y esos infelices que van llegando, después de la penosa caminata y del infierno de las trincheras, les espera, por cama y colchón, la helada tierra, por techo el cielo gris sin el ascua de una estrella.

Problema difícil, imposible de resolver.

Y durante más de veinte noches consecutivas me persiguen a través de los cristales de las ventanas, desnudas de maderas y de cortinillas, visiones satánicas y fantasmales de soldados esqueléticos, retorcidos, unos doblados como bajo el peso de la fatalidad; otros de pie, desafiando la inclemencia del frío, con sus barbas hirsutas, sus revueltas melenas, sus largas y enormes pipas moviéndose y agitándose envueltas en llamas y en humo, buscando un calor que viento huracán les niega y arrebat. Semejan fantasmas salidos de profundas y misteriosas tumbas, espectros paseando sus remordimientos, almas condenadas que se han dado cita en ese infierno inventado por los hombres.

¡Ah, esas fogatas que se hacen cómplices de la adversidad; esas llamas crueles que en vez de subir y repartir el resinoso calor de sus venas azotan y muerden la tierra maldita!

¡Esos bosques fantásticos de hogueras que prestan extraños y siniestros reflejos a los vencidos!...

Esas llamas y esas espesas nubes de humo entre las cuales palpitan y tiemblan en continuo martirio seres inocentes, hambrientos, cansados, esperando a su mezquino calor que nazca la aurora pregonando otro día de vida, quizá también de mejor mañana.

Conservo vivas y recientes en el cristal de la memoria las dantescas escenas.

Conservo lúcida y vibrante la emoción por ellas levantada, y no puedo describirlas en toda su pavorosa y satánica realidad.



Todas las mañanas, su luz incierta y gris, acaricia tímida y fugitiva rígidos y blancos cuerpos caídos bajo el brutal martillazo de la congestión. ¡Han cesado de sufrir!

... ..  
¡Llega el hambre!... ¡El imperativo hambre con sus exigencias y arrogancias, con su ferocidad y salvaje brutalidad!

¿Cómo poder ofrecer comida a los millares y millares de soldados que siguen engrosando la enorme cantidad que hay esparramada por la planicie? Según me han dicho, sumando a los alojados en los pabellones y caballerizas, donde se hacinan apretujados como racimos, y los del campo de concentración, que se extiende delante de mis ventanas hasta el infinito, tenemos cuarenta mil prisioneros.

Hay ambulancias sanitarias y regimientos enteros con sus músicos. ¿Qué ha sucedido?

Los serbios han reconquistado Belgrado después de encarnizados combates.

Dicen que el Danubio enrojeció... ¡Silencio, pluma! No quiero cantar proezas guerreras... Quiero denunciar las calamidades, las devastaciones, las pestes, las ruinas, los cadáveres que Marte deja tras su carro de infernal divinidad.

... ..  
Los que ayer comieron, hoy no tienen pan.

Hoy entregamos un pan a los que ayer no tuvieron.

Millares de ojos fosforescentes de fiera en celo se clavan codiciosos en los panes tibios y olorosos prestamente devorados por los favorecidos, antes de que sean disputados a puñetazos y por la ley del más fuerte.

Repartida sopa a los heridos, centenares de prisioneros se han arrojado con salvaje impetuosidad sobre la humeante y vacía caldera, ávidos de sus míseros restos.

Algunos han cazado huesos mondados y sin hilachas de carne, que chupan y roen con fruición.

Un hueso se cae de las febriles y torpes manos. Y docenas de garras crispadas y erizadas como alfileres se lo disputan.

Lucha desesperada, feroz, obstinada, rabiosa.

Hechos una masa palpitante y convulsionada ruedan sobre la nieve. Suenan blasfemias, rugidos, aullidos.

Llega un capataz con unas cuerdas que cortan y silban en



el vacío y se retuercen duras al caer en las encorvadas espaldas de los hambrientos. Y los afortunados huyen a roer lejos su combatido y disputado botín.

De poseer cuchillos, se los hunden sin piedad en los corazones.

¡La vida de un hombre, de un compañero, de un hermano, por unos duros y mondados huesos!

¡Hambre, inseparable colaboradora de la guerra, ya has tomado posesión del hospital, hasta hace poco opulento y dadivoso!

¡¡Qué dichosos son los soldados que duermen bajo tierra!!

## VI

### MÁS FRÍO, MÁS HERIDOS Y PRISIONEROS. LOS DRAMAS AUMENTAN EN INTENSIDAD

Ahora a los continuos convoyes de cautivos se añaden los heridos caídos en los últimos combates.

Mueren tantos diariamente, que ya tenemos camas disponibles.

Consecuencia de la derrota austríaca: vivo el período más intensamente trágico y fulminante, el momento pavoroso en que la muerte no cesa de revolotear sobre el hospital y su campo de concentración.

Los soldados que continúan afluyendo, nada tienen de humano. Piltrafas plañideras, concentradas las últimas energías en el fondo de las pupilas que arden con luces extrañas, con reflejos de locura.

Nos han llegado siete desdichados a quienes el mortífero hierro ha roto la espina dorsal.

Semejan enormes y aplastados gusanos, doblados sobre ellos mismos. Se arrastran igual que blando insecto, y así andarán hasta que la muerte tenga piedad de sus tormentos.

El tiempo se hace cómplice de la guerra. Como si no fuese bastante calamidad el furor humano, como si cañones, fusiles, bombas y ametralladoras no causaran bastantes víc-

timas, nos llegan del frente centenares de soldados con los miembros inferiores helados.

Les caen los dedos y los pies entre nuestras manos como pedazos de madera podrida. ¡Horror! ¡Horror!

Por unos momentos he apartado los ojos, sin fuerzas para resistir más tiempo el espectáculo ofrecido por nuestra bárbara civilización, y debo clavarlos, misericordiosos y turbios, en las víctimas de la Naturaleza.

Desdichados jóvenes, opulentos de energías, sin aparentes dolencias, sin heridas, sin darse cuenta de la escueta realidad, insensibles al dolor hasta mirar los propios pies, trofeos espantosos del frío, sobre las mesas de las ambulancias.

Entonces despiertan de la pesadilla, se dan exacta cuenta de la desgracia, y mientras unos se encierran herméticos en huraños silencios, los más enjugan rabiosamente unas lágrimas rebeldes.

Quisiera dedicar a esos mártires frases de valor y de consuelo.

Valor ya lo poseen, y consuelo no puede existir para lo irreparable, lo definitivo, lo a soportar, mientras el corazón tenga un latido.

Terminada la comida, doctores, practicantes y enfermeras descendemos del comedor en busca de nuestras respectivas habitaciones donde descansar una breve hora tras la ruda mañana, antes de volver a la triste labor.

El día es melancólico, frío y ceniciento. En la inmensidad revolotean, como inquietas mariposas, blancos copos de nieve.

La planicie bulle animación. Muchos de los heridos convalecientes, envueltos en sus gruesas mantas de lana, pasean oteando curiosos el horizonte, de donde avanza una línea espesa, compacta, de un gris azulado.

¡Los últimos prisioneros!

Y unidos a los enfermos, esperamos a los vencidos.

Llegan más aniquilados y abrumados de fatiga; ofrecen un aspecto más miserable que las caravanas anteriores. Llegan más sucios y desgarrados.

Muchos de ellos han perdido el grueso capote de abrigo, y a través de los enormes agujeros del uniforme miro temblar sus amoratadas carnes.

Pasan frentes vendadas con harapos y brazos en cabestrillo.

Lívidos fantasmas que fueron hombres jóvenes y robustos, se arrastran penosamente sostenidos por sus compañeros.

Los oficiales no presentan mejor ni más brillante aspecto.

Unos desfilan humildes y avergonzados, otros graves, altivos, como diciendo: «Somos cautivos, pero tenemos el honor y el orgullo de nuestra situación».

Frente a la perspectiva de un cautiverio sin término fijo, sin plazos ni fechas marcando su terminación, los hay que no pueden ni quieren ocultar la satisfacción causada por escapar del frente, de manejar y disparar armas hacia invisibles y siempre desconocidos enemigos.

Pasan entre silencios glaciales, un poco hostiles e irónicos, pero respetuosos.

De pronto uno de los heridos suelta bruscamente las muletas en que se apoyaba y convulso, delirante, se arroja en brazos de un prisionero muy embutido en su capote.

Y estallan dos gritos fatídicos, horrendos, patéticos en su simbolismo. Resumen toda la monstruosa inmoralidad de la guerra.

— ¡Hermano!

— ¡Nicolás!... ¡Hermano mío!

Se funden los dos jóvenes cuerpos en apretado abrazo, y por unos momentos se mezclan sus lágrimas y quizá también los pensamientos.

Aterrada miro yo a aquellos dos hombres hermanos: uno, prisionero, otro, libre y herido, unidos en estrecho abrazo de amor. Y paréceme oír una voz grave y triste demandando: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

Los dos hermanos son de la Bosnia. Uno, el convaleciente, fiel a la Servia, corrió a incorporarse a sus tropas.

El otro, el prisionero, entendió cumplir su deber uniéndose a los austríacos.

Dos hermanos nacidos y educados bajo el mismo techo, acunados por las mismas y maternales canciones, compartiendo los mismos juegos. Siempre se habían querido. Penas del uno eran penas del otro.

Estalla la guerra y entre ellos se levanta la terrible furia del odio.

Quieren la victoria de sus respectivas banderas; quieren ondeen muy altas en gloriosas cumbres.

Han dejado de ser hermanos: son enemigos. Y salen del hogar familiar con plegarias en los labios, en el pecho rencores, en la voluntad un lema: «¡Adelante!... ¡Siempre adelante!» ¿Que el hermano se opone a sus avances?... Y bien... ¡Suprimirán, matarán al hermano!

Quién sabe si los brazos que ahora se enlazan trémulos y afectuosos en el cuerpo del hermano, fueron los mismos que mandaron las balas que destrozaron los muslos cuyas dolorosas heridas yo curé...

¡Cuántas balas fratricidas!

Estamos devorados por los más repugnantes parásitos, entre ellos el piojo.

Carecemos de leña y la nieve cae abundante.

La ropa de los enfermos no ha podido lavarse. El frío es intensísimo.

El pueblo no es un miserable rebaño destinado al matadero de las ambiciones nacionales.

A los Gobiernos que cifran sus anhelos de grandeza en las guerras, los condenaría a sufrir todos los días un poco de lo mucho que sufre el más ignorado de los soldados. Este sufriente y abnegado soldado que después del largo martirio del frente, del calvario de los hospitales, cuando llega a la cumbre del Gólgota, los verdugos no le encuentran pies ni manos que crucificar. Unos y otros le han precedido en el cementerio. Así, trágico y excelso tronco humano he ayudado hoy a subir a la carreta uncida de bueyes que cachazudos le reintegrarán a su hogar...

¡Bueyes, andad despacio... muy despacio, que para el desgarrador retorno, siempre será demasiado pronto!

Salió sano, vigoroso, hermoso de cuerpo y de alma. Retorna sin alma... el cuerpo sin brazos, cortados hasta los hombros. sin piernas, segadas hasta más arriba de las rodillas.

Gloriosa masa de tormento, y como «Inri» el cerebro poblado de ideas y de pensamientos.

He seguido con ojos turbios de lágrimas la carreta más fúnebre en su vacío que repleta de cadáveres.

Un cadáver abrazarán los suyos. Más que un cadáver, un tronco, un busto a quien limpiar, vestir, alimentar.

La pluma se detiene suspensa en ese abismo de horror. Y mi imaginación vuela, se detiene, se arrodilla, dejando paso al pobre despojo que entra en su hogar entre el clamor desesperado de los suyos y el estupor de sus hijos pequeños, que huyen aterrados no reconociendo en el desventurado al gallardo padre que vieron un día no lejano partir y esfumarse en el verdeante y luminoso horizonte, camino del degolladero.

## VII

### EL TIFUS. PÁNICO. AGONÍAS Y MORTAJAS

Cuantos hombres no ha podido doblar el fuego, el hierro, las privaciones, los helados fríos, las lluvias torrenciales, las cruentas operaciones y las precipitadas evacuaciones, caen derribados por el tifus.

Esos soldados endurecidos y temerarios, resistentes, obstinados y vigorosos, esos jóvenes estoicos y bravos caen pesadamente, como caen los árboles viejos y carcomidos a la violencia del huracán.

Entre nosotros reina el pánico y la muerte. Todo se hiela y todo enmudece al paso rápido y cauteloso de la inexorable Parca.

Mis ojos sólo descubren mortajas y sudarios. Noche y día, atormentan mis oídos lamentos y estertores.

Todo se hunde, todo palidece, todo huye, todo muere en torno mío.

A mis pies se abre un abismo que engulle vidas, sin tregua ni descanso, insaciable.

¡El tifus!... ¡El tifus!... Otra de las plagas que en su infernal carro arrastra la guerra.

La epidemia se extiende y propaga con aterradora intensidad. La atribuyen a los piojos, y creo mejor echar la responsabilidad a la atmósfera cargada de pestilencias, a la

cantidad de seres durmiendo bajo los mismos techos. A la suciedad de los cuerpos, a la descomposición de cadáveres y materias fecales.

Siento vacilar mi valor. Soplos helados me azotan, me estremecen, ponen escalofríos a mis carnes.

Cada noche y cada día el ángel de la muerte desciende de sus tenebrosas alturas y se lleva bajo sus largas y negras alas a centenares de almas.

Las salas se vacian, el personal desaparece.

Muere mi jovial y rubia compañera de mesa. Muere la de más allá sentada entre dos jóvenes doctores rusos que no tardan también en pagar su tributo a la epidemia.

Muchísimos han rescatado su triste aventura con unos míseros pedazos de madera y una humilde tumba en el cementerio.

Les miro tendidos, rígidos, más amarillos que los cirios, y una piedad infinita me inunda, me dobla, me arranca sollozos.

Quisieron hacer un negocio de la carne martirizada por el cañón, y ahora dormirán el sueño sin fin a la vera de los infelices sacrificados. La misma tierra absorberá sus sustancias, el mismo polvo fundirá sus huesos.

Frente a la muerte se han ennoblecido y sobre sus fríos restos, con el olvido de sus equivocaciones, cae mi compasión de mujer.

La presidenta de la Cruz Roja y directora del personal femenino del hospital, la noble dama que amablemente me acogió, después de largos meses de ímproba labor, consagrada enteramente a los heridos, mientras su marido lucha en el frente, atacada de tifus rinde su último suspiro en una de las humildes camas del hospital.

¡Mujer generosa y abnegada, mártir ignorada de la guerra, sobre tu recuerdo caerán siempre mientras viva las flores de mi emoción!

En el delirio de la fiebre, un doctor emprende frenética fuga y se precipita en el cercano río.

Quando consiguen extraerlo, ha cesado de vivir.

En la ciudad el tifus diezma familias enteras, y entre los prisioneros hace estragos aterradores.

Ayer estuve en Nich y me tropecé en el puente con seis grandes vehículos abarrotados de ataúdes, todos de sencilla madera sin pintar; todos destinados a las casas particulares.

Pálido y azorado, un prisionero me dice que en el hueco de la escalera hay un montón de sus compañeros agonizando.

Me deslizo escaleras abajo y con mano torpe y vacilante abro la puerta que cierra la húmeda y oscura oquedad.

Nada observo de momento, en la imposibilidad de penetrar las densas tinieblas. Tan sólo me denuncia el apretujado y doliente racimo humano el vaho nauseabundo y cálido que se desprende de los cuerpos febriles acostados sobre sus propios excrementos.

El mismo prisionero me entrega una vela encendida, y a su indecisa y débil luz penetro toda encogida a causa de lo poco elevado del techo, en el pavoroso antro donde se pudren en vida seres humanos.

¡Desdichados! ¿Cuántos hay? ¿Veinte? ¿Treinta?

Se hacinan, se oprimen en el reducido espacio sin aire, sin luz, sin medicamentos, sin beber. Como bestias acosadas y perseguidas, esperan resignadas a la gran Liberadora.

Manojo brillante de juventud hace unos pocos meses, hoy carne pútrida de cementerio.

No todos, felizmente, sufren del tifus: los hay atacados de gripe, a quienes aliento con calientes y aromáticas tazas de té y frases consoladoras.

Los graves, a los dormitorios de infecciosos, los agonizantes a la sala de la muerte.

Siguen emprendiendo el viaje sin retorno muchísimos compañeros de labor.

Se cuentan escenas horripilantes de enfermos enterrados vivos.

Se han aislado los pabellones de los prisioneros por medio de murallas de fuego.

En la ciudad y sus alrededores, como prudente medida de sanidad, se quemán barrios enteros.

Sobre la vastísima planicie reina fúnebre silencio.

La lívida luz del nuevo día empieza a filtrarse por las dobles ventanas de la habitación, cuando me hacen vivamente incorporar plañideros alaridos que suenan extrañamente patéticos en la quietud matutina.

Escucho atenta, penetrada de honda emoción.

A los alaridos sucede una cantilena punzante, desgarradora. Es como un canto funerario. Es una salmodia que me sacude y se filtra en las escotillas de mi alma, con helados estremecimientos de agonía.

No puedo resistir a esa voz que sube plañidera, como campana doblando a entierro y a funeral.

Salto del lecho y miro a través de los cristales.

Las brumas invernales han tendido sus húmedos y blancos lienzos y nada descubro del paisaje.

Abro la ventana y me asomo. Con el viento, muy frío, la salmodia sube, se corre lamentosa, doliente, jadeante de suspiros y de sollozos.

Una frase brota clara, repetida con demente insistencia:

— ¡Hermano!... ¡Hermano!... ¡Hermano!...

Al pie de la ventana una joven campesina se retuerce entre espasmos de frenética desesperación.

Se tira de los cabellos, se muerde los puños, se arrodilla, hunde su rostro descompuesto en la nieve y así la boca pegada a los hielos sigue lanzando sus gritos guturales y lúgubres.

De un cesto caído escápase su contenido: manzanas, huevos, ciruelas y flores.

Mientras apresurada me visto, mi compañera interroga, y oigo una voz que contesta:

— Es una campesina que llora la muerte de su hermano.

Ya vestida, me asomo de nuevo.

Soldados con el uniforme austríaco levantan suavemente a la caída y joven mujer, arrastrándola hacia el interior del edificio.

Sin cesar de lanzar al aire su canto gemebundo, se deja conducir dócilmente. Otro soldado recoge el cesto de provisiones, destinadas al hermano muerto.

La salmodia cesa de llenar el silencio mañanero con sus ecos tristes y plañideros.

Después de comer, penetro en el vestíbulo del pabellón donde me alojo, en busca del dormitorio para tomarme unos momentos de reposo.

El canto quejumbroso de la madrugada, acompañado de estridentes gritos, detiene mis pasos y observo en torno mío.

A E

ARCHIVOS  
ESTATALES

Estoy sola y la voz suena ahí, en la vastísima y penumbrosa entrada.

Evoco la escena, el cuadro lamentable ofrecido por los prisioneros enfermos hacinados en el tenebroso hueco formado por la escalera.

De las rendijas escapan haces de pálida luz.

Maquinalmente, sin razonar, empujo la pequeña puerta y con esfuerzo ahogo entre mis manos, que llevo prestamente a la boca, una exclamación de horror, y resto quieta, aturdida, azorada, clavada en el umbral, por lo inesperado, lo macabro y espeluznante de la realidad.

Esperaba encontrar a la joven montañesa sola con sus lágrimas y su desesperación, y la encuentro acompañada de un cadáver desnudo: el cadáver de su hermano.

¡Ah! ¡Y qué largo, qué trágicamente largo, se ofrece a mis asustados ojos el cuerpo rígido, yerto, helado, que ha dejado de pertenecer al mundo de los vivos!

Le falta un brazo, y los huesos del pecho y de las espaldas, descarnados y agudos, agujerean la piel.

Las manos trémulas y amorosas de la hermana han tejido una corona con las flores caídas del cesto y cortadas del pequeño jardín que rodea la casa serrana, y ciñe melancólica y grotesca la cabeza estrecha, angulosa, de cabellos pegados a las pétreas sienas.

En torno del muerto hay ciruelas, manzanas y dalias amarillas y encarnadas.

Completamente desnudo el cadáver descansa sobre una litera de gruesa y manchada tela.

Ella ha querido plasmar en la retina de su memoria todo cuanto subsistía del cruento suplicio, y ha tirado al suelo la pulcra sábana que velaba la desnudez. Y en la sordidez del cuartucho, a la luz vacilante y amarillenta de un cirio que chisporrotea humoso y mal oliente, la escuálida y larga silueta se destaca siniestra, horrible y magnífica en su mutilación.

La joven no levanta la cabeza. Caída sobre sus rodillas me ignora, y en sus ojos hay extrañeza, miedo, dolor, ferocidad. Centellean odio, brillan venganza, mientras lanza al lúgubre silencio sus patéticas lamentaciones.

Quiero marcharme, huir del fúnebre y penoso drama, y

continúo inmóvil en contemplativa admiración por esas naturalezas bravas, tan complejas en sus odios y en sus amores.

Ella se inclina más y se dobla hasta rozar sus ardientes mejillas con las frías mejillas del muerto. Sus brazos trémulos se alargan y rodean el cuerpo inerte, lo levantan, lo sostienen, lo mecen y lo acunan al ritmo de dulces invocaciones.

La cabeza oscila, la corona se ladea, las manzanas se deslizan y ruedan por el viscoso suelo.

En las lívidas penumbras el lancinante grupo semeja una estatua cincelada por bárbaro y enfermizo escultor.

Toda la vida sencilla y laboriosa de aquellos hermanos desfila por el reducido y mortuorio recinto, salmodiada por los labios juveniles entre palpar de besos, entre exaltadas caricias, entre gritos y alaridos de rebeldía.

No quiere resignarse. Odió la guerra que mató a su padre y que ahora la deja sin hermano. Más apretuja el demacrado cuerpo sin cesar en el balanceo rítmico, y luego apoya sus labios sobre el torturado y negro muñón, como si besase los pies de milagroso y divino Cristo.

Cierro suavemente la achatada puerta, y pálida y silenciosa como una sombra subo a mi habitación.

## VIII

### BOSQUES DE BLANCAS CRUCES. ESCENAS MACABRAS. CUERVOS HUMANOS

Sobre la desolación del paisaje planea el misterio.

Avanzo camino adelante, un poco inquieta del silencio y de la soledad que me rodea.

Diría que el viento me trae soplos helados y de muerte.

En efecto: no tarda en ofrecerse a mis ojos uno de los muchos cementerios que rodean la ciudad y que se extienden interminables con sus alucinantes bosques de blancas cruces.

Antes de franquear el fúnebre recinto, detengo mi curiosa piedra en la planicie poblada de botín militar, o mejor aun de guerra.

Hierros retorcidos, carros en parte carbonizados, sacudidas las hilachas de sus ennegrecidos toldos como crines



de caballos heridos. Camiones y autos mostrando los intestinos por sus anchas oquedades, convoyes de provisiones y de la Cruz Roja chamuscados y roídos por el moho, la lluvia, el sol y el tiempo.

Sobre algunas de las maltrechas carrocerías descubro grandes y sospechosas manchas, seguramente sangre de sus defensores.

Desfilan por mi imaginación escenas espeluznantes, matanzas, incendios, saqueos, desbordes sensuales sobre cuerpos indefensos de mujeres y de vírgenes...

El sol pone su nota de grotesca alegría en todos aquellos insensibles y mutilados restos del furor humano.

Empiezo a escalar la sagrada colina. Aquí y allá grupos de cipreses prestan melancólicas sombras a las tumbas de toscas cruces, abrazadas a coronas lacias y mustias que el viento agita con tenue rumor de hojas secas.

Sentada sobre blanca losa una familia come silenciosa, grave, solemnemente. Diríase, tanta devoción hay en el rutinario y maquinal gesto, que la comida es un rito y una ofrenda.

En torno de ellos revolotean negros y graznadores cuervos.

Sigo adelante. Ahora la inmensidad se me ofrece yerma, esquilmada, pardusca. Se dilata, se confunde y se pierde en el horizonte sin árboles, sin matorrales, sin manchas verdeantes de pasto que corten su desolada monotonía.

A mis pies, cerca, lejos y más allá, enormes, profundas y anchas tumbas ofrecen a la gloria azul de los cielos el desgarrado de sus trágicas risas.

¿Cuántas se abren, esperando las hambrientas bocas el abundante festín de carne? Centenares... Se pierden en distancias y en hileras; todas iguales, uniformes.

Prisioneros de guerra desgarrados y sucios, de gestos pesarosos y cansinos siguen abriendo fosas.

En sus cuerpos jóvenes, que fueron gallardos y hermosos, hay marcada toda la abrumadora tristeza del pesimismo, la demoleadora resignación, la humillante obediencia, esa denigrante obediencia que convierte a hombres libres en bestias, peor aun que bestias, en viles esclavos.

Los animales inspiran una compasión que se niega a los infelices prisioneros de guerra.

De pronto rompe la monotonía y el silencio del cementerio un largo convoy que ondula por los estrechos caminos y sube lentamente la colina. Chirrían penosamente las toscas carretas al paso cachazudo de los bueyes, y en el traqueteo tiembla siniestra la carga de que están llenas.

Las blancas sábanas que cubren y ocultan su contenido, semejan, a la luz del atardecer invernal, de brillante nieve.

Toda curiosidad y penetrada de no sé qué triste presentimiento, espero inmóvil, recogida, insensible al viento helado que corta mi piel como acerado cuchillo.

Los prisioneros sueltan las piquetas y me miran asustados.

Seguramente temen mi presencia importuna o mi debilidad de joven mujer.

Sin sospechar la macabra escena ofrecida por la casualidad, no quiero comprender el mudo ruego y me mantengo de pie, impasible, un poco distanciada.

Los soldados se acercan a la primera carreta, vacilantes, titubeando, como poseídos por el alcohol, como retardando el momento de la dura prueba.

Después... Después bruscamente, rudamente, arrancan la blanca sábana, y un grito imposible de contener brota de mi corazón, desgarrar la garganta y muere en mis pálidos y temblorosos labios.

Las carretas están abarrotadas de cadáveres.

¡Ah, el excelso, el magnífico estiércol humano!... ¡Sí!... ¡Revuelto y apretujado estiércol humano!

Los pies de unos aplastan las cabezas y los rostros de otros. Amasijo horripilante que conservaré a través de los años en todo su lancinante horror.

De aquella masa de carne viscosa salen vahos sofocantes y nauseabundos.

Tendida la sábana en el suelo, los soldados cogen los pies del primero que ofrece tenaz resistencia y tiran... tiran fuerte. Gime al esfuerzo el cuerpo, se desliza y, falto de apoyo, cae pesadamente sobre el lienzo, tiembla, se retuerce, por unos momentos cobra intensa vida; luego se queda tieso, quieto, los brazos en cruz, de cara al firmamento, los ojos muy abiertos, la boca espantosamente torcida.

No han encontrado en sus últimos momentos manos pia-



dosas que les cerraran los ojos, y en la terrible fijeza parecen escrutar el misterio del más allá.

Tampoco tienen mortajas ni sudarios. Nada vela ni cubre el postrimer pudor del hombre.

Desnudos como gusanos... Todos trágicamente, abominablemente desnudos.

¡Simbólicas estatuas de la ingratitud; héroes anónimos de la guerra!

Muchos de los cuerpos desnudos y esqueléticos presentan grandes manchas negruzcas.

¡Así reciben sepultura los que murieron por la patria!

Se inclinan los soldados, recogen la sábana por sus cuatro extremos y así, mitad a rastras, mitad en volandas, llevan el pesado fardo hasta el borde de la tumba. Sueltan el lienzo en su mitad y el cadáver rueda, se desploma con sordo ruido hasta el fondo de su último asilo.

Y vuelven en busca de otros cuerpos, y así, con ese somero procedimiento, vacían los carros de su santa y pestilente mercancía.

Siguen llegando carretas...

Obsesionada, sugestionada por el bárbaro y macabro espectáculo, quiero fruir en toda su dramática intensidad el acto final de aquellas combatidas y mártires existencias.

Quiero saber qué posturas, qué gestos han adoptado para descansar en la paz de la Nada, lejos de las tempestades humanas. Y me asomo al borde de la profunda tumba.

Resto aturdida, sin pensamientos, como si el tiempo no existiera, clavados mis ojos con alucinadora insistencia en aquella mezcla espeluznante, nauseabunda y gelatinosa, en aquel amasijo de corrupción, pasto de la tierra y de los gusanos.

Montón de cuerpos, meses antes viriles, rebosando promesas, vibrando esperanzas, unidos en violento abrazo de eternidad. Todo lo han dado, juventud, amor, vida. En recompensa, han muerto como perros, abandonados; se les niega después de los supremos consuelos de la familia, sudario y mortaja... Se les niega el nombre... En las toscas cruces se leerá luego: «Sin nombre», «Sin nombre».

Unos han caído de bruces, otros doblados. Los hay cuyas bocas abiertas parecen absorberse las alientos, juntarse en último beso.

Uno mira tenazmente el cielo, como suspenso del momento y esperando de lo invisible la justicia divina, pues que la humana es un mito y una abominable farsa.

El último, protegido por un ángulo, ha quedado sentado, la cabeza apoyada en el blando muro, un brazo en alto. La mano parece inmovilizada en el definitivo y supremo adiós.

Diríase que duerme, tanta serenidad hay en su rostro orlado de sedosa y corta barba negra. Los párpados caídos prestan suaves sombras a las mejillas y la rosada luz de la tarde presta vida a las marfileñas carnes.

Suben vapores pesantes, acres, pestilentes, y empiezan a caer sobre los pobres despojos furiosas paletadas de tierra.

Muchos ya han desaparecido. Una cabeza asoma horrible, entre piernas y brazos contusionados, en risa alucinante que hiende la boca grotescamente.

Unas últimas paletadas, y un pedazo de tierra húmeda y removida indica tan sólo que bajo ella hay veinte hombres que lucharon, sufrieron y murieron por la patria.

Me sorprende no descubrir heridas ni mutilaciones en los cadáveres.

Interrogo a los prisioneros, obligados a ejercer de sepultureros, y me contestan:

— Eran prisioneros como nosotros, muertos de enfermedad, en su mayoría tifus y disentería.

— ¿Por qué enterrarlos peor que a muchos animales, sin ataúdes, desnudos y, lo peor aun, sin nombre? ¿Cómo saber luego las madres dónde reposan sus hijos, las esposas sus maridos, los hijos sus padres? — insisto, deseosa de sus confidencias.

Se encogen de hombros, y uno, el más joven, marcado duramente por las garras de la tuberculosis, se lamenta con voz henchida de contenidos sollozos:

— ¡Es horrible... espantoso! Cada mañana y cada tarde llegan veinte, treinta carretas. ¡Ah! ¿Cuándo terminará la guerra y nuestro suplicio?

— Antes de que termine, ya nos pudriremos en uno de estos agujeros — presiente otro, de ojos intensamente azules, dulces y bondadosos.

Y se quedan inmóviles, callados, y en sus nostálgicas pu-

pilas miro desfilar paisajes familiares y queridos, risueñas praderas, encantadoras y sosegadas aldeas, donde sus juventudes, a la cadencia del trabajo, cantaban coplas al amor y a la vida.

Ahora, sólo esperan dolor, y la muerte poniendo término a este dolor.

Ruido de alas corta la fúnebre quietud.

Llegan bandadas de cuervos atraídos por los hedores del festín. Algunos, más voraces y atrevidos, posan sus manchas negras y palpitantes sobre la blancura de las sábanas.

Por los estrechos senderos siguen ondulando nuevas carretas.

La tarde declina. La luz roja, toma un color de ceniza, y entre los grises cendales nocturnos el cementerio se envuelve en solemne silencio de eternidad.

Los prisioneros reanudan la interrumpida labor.

Unos instantes aún, resto sobrecogida y en grave meditación.

— Descansad en paz, mártires de la Gran Guerra. Vuestro recuerdo me seguirá doquiera yo vaya, extendiendo el Ideal de fraternidad humana.

Cuando entro en el hospital, la noche ha caído.

En el inmenso vestíbulo, entre lívidas penumbras, descubro blancos fantasmas acurrucados.

La quietud está poblada de ruidos extraños y sonoros de cosas que se rompen, se pudren, se vacían.

Y ayudo a un esqueleto humano, atacado de disentería, a buscar el descanso de su no lejana cama.

La atmósfera huele atrozmente a excrementos en descomposición.

Días después se descubre el indigno y macabro negocio.

No solamente dejaban de cumplir el sagrado deber de amortajar a los muertos, quedándose con las cantidades pagadas por el Estado, sino que también hacían ganancias con los uniformes, camisas, zapatos y cuanto los desdichados poseían al morir.

¡Oh, los repugnantes y siniestros cuervos humanos, cerنيéndose insaciables sobre los cuerpos martirizados por el monstruo de la guerra!

## IX

RECLUTAS FANÁTICOS HASTA EL CRIMEN. AMOR FILIAL.  
ALDEAS SIN HOMBRES

Mientras a primeras horas de la mañana, en la ambulancia, presto mis servicios y mis cuidados a los heridos, mis ojos se desvían frecuentemente de la labor para fijarlos en silenciosa ansiedad en uno de mis devotos clientes, sentado en el duro banco de madera, la cabeza apoyada en la pared, como si durmiese profundamente.

Lo insólito del gesto me tiene inquieta.

¿Qué le sucederá al paciente y simpático muchacho?

Sujeto apresurada la venda en un brazo ya curado y me acerco al dormido en el preciso momento que resbalando el cuerpo viene su cabeza a descansar sobre mi pecho.

Así, apretujada y oprimida, le miro palidecer hasta la lividez.

Froto sus sienes húmedas y frías con éter, puesto ahí a mi alcance y aplico el impregnado algodón a su afilada nariz.

Reacciona unos momentos. Abre sus ojos y chocan con los míos mientras sus labios se abren intentando expresar algo que no puede articular, que no sale, que no formulará.

Quiero, sin conseguirlo, levantar el doblado cuerpo que me aprisiona entorpeciendo mis gestos.

El desdichado no quiere abandonar el apoyo de mi pecho; la protección de mis trémulos brazos.

Ningún gemido escapa de sus labios, acusando sufrimiento; ninguna conclusión denunciando agonía.

Se acerca el doctor a quien he mandado llamar, y después de breve reconocimiento dice fríamente:

— Ha muerto.

— ¿Cree usted? — rechazo toda estremecida.

— Y ha muerto dichoso — continúa implacable.

Le miro duramente, recriminando su insensibilidad.

Comprende me ha lastimado y añade, con significativa sonrisa:

— Ha muerto en brazos de mujer. Mire usted la bella serenidad de su rostro.



Llega la camilla. Maternalmente, los ojos anegados en lágrimas, ayudo a colocar el aun tibio cuerpo sobre la gruesa tela, mientras ávidamente estudio la indefinible expresión conservada a través de la muerte.

El doctor no ha mentido.

Los rasgos todos, tienen serenidad de cosas vislumbradas, deseadas y poseídas.

¿Evocó, cuando sus ojos se tropezaron con los míos, a sus compañeros destrozados en el frente y mis brazos le supieron a tiernos brazos de madre? Recuerdo ahora sus breves y balbucientes frases, y el no oculto placer con que se entregaba a mis cuidados.

Gustaba el pobre mozo de las caricias de mis manos y cuando a causa de las curas debía rodear su cuerpo, sentía en torno del mío la dulce y tímida presión de sus brazos.

¿Me amaba el infeliz muchacho con ese amor silencioso y apasionado nacido a la sombra de la gratitud? ¿Vió mi consernada imagen inclinada sobre su agonía y llevóse a través de la ignorada ruta el rostro secretamente adorado?

Misterio... misterio.

Cada hombre lleva encerrado en su mundo interior una pasión, un drama, un poema, una grata emoción que cultivar en el jardín espiritual y que a veces florece al pie de la tumba.

A la noche no puedo dormir, perseguida por el recuerdo de aquella mártir y humilde vida que esperó extinguirse en el refugio de mis brazos.

Desinfectados y limpios los pabellones antes ocupados por los prisioneros, al presente alojan a reclutas albaneses a quienes todos los días miro ejercitarse y evolucionar militarmente bajo los nogales.

Son hombres de aspecto rudo, feroz, de ojos de aguilucho penetrantes, ardientes, atrevidos, de cuerpos perfectamente modelados, ágiles, esbeltos, vigorosos.

Visiones nuevas que enriquecen mi archivo espiritual.

Estudios apasionados a los que me entrego entre pláticas de razonamientos, de frías lógicas, de prudentes y serenas comparaciones.

De ese análisis profundo, lento y depurado ha nacido la

convicción de que todos los hombres guardan perfecta analogía.

Cambian los aspectos exteriores, que se manifiestan según el grado de civilización que les rodea y la atmósfera en que se desarrollan las inteligencias. El interior es uno mismo, con lamentables reminiscencias del hombre de las cavernas y de las encinas, brutal luchador, fanático y supersticioso, más obediente y sumiso a los oráculos de las exaltadas pitonisas que a las leyes de la Naturaleza.

Con la Naturaleza todo es un canto a la vida y una trova al fecundante amor.

En triste contraste los hombres, los seres más superiores de la Creación se destruyen las vidas y profanan el amor.

Pueblos que se dicen civilizados emplean su admirable ciencia y largos años de perseverantes estudios buscando los procedimientos más bárbaros y eficaces para destruir a otros pueblos, porque éstos poseen mejores escuadras o más extensos mercados industriales.

Triste y humillante confesión a la que me obliga la tragedia sin fin de los hechos. El fondo del alma humana no ha cambiado a pesar de la evolución de las razas.

Como en tiempos pretéritos, se mata por fanatismo y por ambición.

Los cristianos se unieron un día en aparatosa Cruzada a fin de demostrar a turcos, árabes y paganos por medio del fuego, balas, espadas y lanzas la bondad y la misericordia infinita de su Dios.

En los frentes se destrozan por conquistas económicas; aquí en el hospital se asesina por fanatismo.

Había mi compañera encendido la pequeña lámpara que frecuente arde ante su venerado icono, y se disponía a quemar en el diminuto vientre del tosco pebetero un poco de incienso de que gusto también arorar la habitación, cuando nos llenan de alarma gritos, aullidos, rugidos, amenazas.

En el clamor que nos mantiene encogidas y aterradas hay mezcla de frenética cólera y de angustiosos llamamientos. Esos angustiosos y desesperados llamamientos en noches de incendios y de naufragios.



Suspende mi compañera su tarea, cierro yo el libro, y nos miramos sorprendidas y extrañadas de la palidez que se corre por nuestras mejillas.

Impulsiva abro la ventana y... lanzo un grito de mujer aterrada y enloquecida.

Hombres que han dejado de serlo aullan como derviches y poseídos de furor rugen, muerden, golpean, desgarran. Luchan cuerpo a cuerpo entre espumarajos, injurias y sangre.

Corre apresurado un contingente de soldados, formando a no tardar un círculo irreducible de bayonetas, encerrando a los enfurecidos reclutas albaneses.

Los oficiales, entre ellos nuestro director, revólver en mano intiman la orden de deponer la agresiva actitud.

Espectáculo de intensa fuerza dramática, que me tiene medrosa y palpitante.

El cuadro es altamente emocionante, es un verdadero combate entre asesinos. Asesinos por fanatismo.

Se resisten a desprenderse del fez y del turbante ordenado por su religión.

Cuando los siete guardias encargados de mantener el orden y la disciplina en el interior de los pabellones, les han entregado el uniforme con el gorro nacional reglamentario, se han resistido primero con palabras, después pasaron a los hechos.

Y en rápida y somera justicia han degollado como cordeiros a los seis guardias. Uno, el séptimo, ha logrado escapar y dar el grito de alarma.

A no ser la dichosa casualidad de salvarse el séptimo de la degollina, tengo la seguridad de que todo el personal del hospital hubiéramos pasado horas muy crueles.

No quiero escuchar los repugnantes detalles del crimen, demasiado espeluznante en su refinamiento para mi sensibilidad de mujer.

Frente a las amenazas, una gran mayoría de entre ellos se rinden a las circunstancias, deponiendo con el furor sus creencias.

El resto sigue rebelde, gritando y gesticulando como poseídos.

Así masa estremecida y colérica desfilan delante nues-

tros ojos, entre espeso cordón de bayonetas y de revólveres, camino de otros y más seguros pabellones.

Uno chorrea sangre. Otro tiene desgarrada la mejilla y aplastada la nariz. A este último, loco enardecido, hay necesidad de separarlo del grupo y atarlo sólidamente.

Pretendía lanzarse contra las armas obligando a que las dispararan. Seis hombres han sido precisos a fin de someterle y dejarlo indefenso y rendido.

A primeras horas de la mañana veo entrar en el pabellón seis modestos ataúdes destinados a los infelices guardias víctimas del fanatismo.

Me han dicho que once reclutas albaneses de los más exaltados, habían sido pasados por las armas.

¡La muerte, siempre la muerte revoloteando sobre nuestras abrumadas cabezas!

El trabajo decrece. Los cañones han enmudecido y del frente hace días no nos llegan heridos.

Aprovecho esta feliz tregua para lanzarme con otros compañeros camino de las vecinas aldeas, entre algarabía de pájaros y flores acunadas por la brisa.

El paisaje tiene a la luz del sol exaltaciones rosadas de las flores de sus manzanos.

De la tierra suben penetrantes perfumes anunciando su maravillosa fecundación.

Brota el trigo tierno y menudo como pasto y entre sus verdes terciopelos las margaritas silvestres abren al encanto de los cielos sus ojos de oro.

Venciendo la timidez que se adivina en el ruboroso carmín de sus mejillas y en el titubear de su demanda, una joven aldeana nos barra el camino.

La «Cruz Roja» que ostentamos es para su apasionada ansiedad garantía de seguras y recientes noticias. Nosotros forzosamente hemos de saber cuando terminará la guerra.

¡Dichosa y desdichada inocencia!

— ¿Cuándo volverán nuestros jóvenes? — pregunta esbozando una sonrisa.

La contestación del más audaz no tiene para la enamorada doncella aromados efluvios de próximo retorno.

— Cuando de nuevo florezcan los manzanos.



Sacude tristemente la cabeza y se aleja pensativa, recordando al novio que lucha en las trincheras.

En la aldea, bajo el oloroso y susurrante palio de los frutales, las mozas bailan a los sones gruñones y destemplados de la flauta y el tamboul.

Silenciosas y graves, siguen el ritmo de la danza cogidas de las manos. Llevan magníficos y pesantes delantales de artísticos y complicados dibujos. Tintinean collares, brazaletes, abalorios y el amplio cinturón de metal cincelado roba a los gestos gracia, esbeltez, gallardía.

Un viejo desdentado y sarmentoso se nos acerca lamentando con inexplicable amargura:

— Danzas sin hombres no son danzas. Pierden el encanto de su joven placer. Y nuestras mozas parecen en su tristeza bailar delante de sus muertos. ¡Tenemos muchas pérdidas en el pueblo!

Las palabras del anciano son una revelación.

En efecto, no tienen alegres sonrisas los húmedos y juveniles labios, ni hay en los ojos la llama placentera encendida al tibio contacto de manos varoniles y amorosas.

Danzan graves, solemnes, patéticas. Danzan como antiguamente debían danzar las sacerdotisas ante las tumbas de sus guerreros.

Ha sonado para los campesinos que llegaron hace unos días la hora de partir, luchar, sufrir, matar, quizá morir.

Visten el uniforme que modela sus cuerpos musculosos, robustos y admirablemente proporcionados, pero que entorpece y dificulta sus bruscos movimientos.

Hay muchísimas mujeres, llegadas de las aldeas para despedir a sus hombres. Formando compactos grupos, se confían sus ansias, sus temores, sus angustias, hasta que suena con toques fúnebres de campana la orden de ponerse en camino.

Los hombres, esforzándose en no perder la serenidad, besan las manos de sus mujeres, y éstas, a su vez, reteniendo el llanto y toda manifestación de dolor, se quedan ahí, mirando silenciosas a los que se alejan y seguramente no volverán.

Atentamente curioso el grupo de aldeanas.

Sus rostros, curtidos por el frío y el sol, carecen de expresión. Impenetrables, cerradas como tumbas, restan inmóviles, crispadas y trémulas las rústicas manos; luego, lentamente, caída la cabeza, se dispersan, emprenden el retorno a sus hogares, donde ya no vibrarán cantos ni voces varoniles. Una muchacha se destaca de un grupo y se lanza impulsiva tras los últimos soldados.

Sube un grito, un nombre dulce de tierna protección:

—¡Padre!

Uno de ellos vuelve la cabeza, retrocede y recibe en sus brazos a la acongojada mocita.

Así, formando un solo y estremecido cuerpo, viven el doloroso drama de la separación.

La hija teme por la vida de su padre. El padre presente no verá el estallar, la floración de aquella tan querida juventud. Suavemente y con pesar el campesino separa el cuerpo tibio y amoroso que se agarra y enlaza al suyo, como la hiedra se agarra a la corpulenta y resistente encina.

Aún la muchacha se inclina y besa la mano que, seguramente por vez primera, tiembla a la caricia de los afectuosos labios. Se arranca de ella que continúa quieta, de pie, en hosco silencio.

En el vacío, en la luminosa inmensidad, su silueta se destaca, severa, trágica, en su humilde y rústico traje montañés. Semeja preciosa y artística escultura de Rodin simbolizando el filial dolor.

En los juveniles ojos leo la desoladora interrogación formulada también por millares de mujeres y de madres abandonadas. ¿Volverán?

La mocita ha sido la única manifestación del dolor confesado sin orgullo y sin pudores en toda la magnificencia de su tormento.

Puedo, sin exagerar la nota aduladora, comparar las campesinas servias a infatigables y previsoras hormigas.

No duermen las aldeas en perezosas indolencias, a pesar de faltar brazos masculinos.

Colmenas bulliciosas en las cuales se desconoce a los zánganos; las manos débiles y femeninas hurgan las entrañas de la tierra, arrojan en ella los fecundantes granos, cui-

dan del ganado, de los hijos, de los abuelos, únicos cuyas ruinosas energías rechaza la guerra. Cuando necesidades las obligan a salir de sus huertos, continúan trabajando. Eternas hilanderas, la rueca no cesa de danzar vertiginosa entre los expertos dedos.

Cuadros arcaicos de serena belleza, mientras allá lejos ruge el cañón, ¿cómo no recordaros y quereros?

¡Visiones plácidas, sosiego y paz aldeana, vosotros me hacéis con más intensidad odiar a la guerra!

Siempre que me tropiezo con esas mujeres, detengo mis pasos para mejor admirarlas.

Simbólicas y magníficas, se perfilan bajo las alas del cielo en el marco espléndido de la Naturaleza, entre los frutales todos en flor. Descubro en ellas las antiguas virtudes domésticas, muy descuidadas en el tumulto placentero de las ciudades.

En ellas hay conservada la mujer fuerte de que nos hablan las Sagradas Escrituras.

Algunas, mientras trabajan sin fatiga de sol a sol, ostentan muy visible el fruto de unos amores quizá ya extinguidos en las trincheras.

Noticias nada buenas de mi familia, y en particular de mi anciano padre, me obligan por unos pocos meses a dejar esas tierras hospitalarias aun en el desorden de su nacional desastre. Cuando tres meses después estaré de retorno, asistiré a la alucinante procesión de todo un pueblo fugitivo, huyendo de los cañones enemigos.

Me estremecerán otros y más lancinantes dramas, y no solamente tendré ocasión de conocer toda la bárbara y sistemática crueldad de las necesidades militares, sino que también seré una víctima de esta brutal y repugnante ley.

Esta primera odisea ha sacudido mi indiferencia. He dejado de ser pasiva y resignada.

Seré acción y voluntad. No descansaré. Doquiera vaya, arrojaré a manos llenas semillas de paz y de odio a la guerra.

## Volúmenes publicados de esta colección

- Volumen I.** — EL PROBLEMA DE LA TIERRA: REFORMA AGRARIA Y EXPROPIACIÓN SOCIAL, por *Felipe Aláiz*. Treinta y dos páginas, 0'30 pesetas.
- Volumen II.** — SINDICALISMO: ORIENTACIÓN DOCTRINAL Y TÁCTICA DE LOS SINDICATOS OBREROS Y DE LA C. N. T., por *Germinal Esglesas*. Cuarenta y ocho páginas, 0'40 pesetas.
- Volumen III.** — LA MEDICINA AL ALCANCE DE TODOS: LO QUE DEBE HACERSE MIENTRAS LLEGA EL MÉDICO Y PORQUE DEBE HACERSE, por el *doctor Javier Serrano*. Sesenta y cuatro págs., 0'60 ptas.
- Volumen IV.** — EL PROCESO DEL CAPITALISMO: TOM MOONEY, OTRA VÍCTIMA DE LA BARBARIE AMERICANA, por *Floreal Ocaña*. Treinta y dos páginas, 0'30 pesetas.
- Volumen V.** — SINDICALISMO: ORGANIZACIÓN Y FUNCIONAMIENTO DE LOS SINDICATOS Y FEDERACIONES OBRERAS. CONSIDERACIONES SOBRE PROBLEMAS FUNDAMENTALES, por *Germinal Esglesas*. Cuarenta y ocho páginas, 0'40 pesetas.
- Volumen VI.** — PARA UNA NUEVA CONCEPCIÓN DEL ARTE: LO QUE PODRÍA SER UN CINEMA SOCIAL, por *José Peirats*. Treinta y dos páginas, 0'30 pesetas.



**Precio: 40 céntimos**